

¿UNA RECESIÓN ASIMÉTRICA DE NUEVO TIPO?

Emiliano Fernández de Pinedo*

Universidad del País Vasco

España está atravesando una profunda depresión económica, con cifras de paro en otras épocas, cuando el Estado de Bienestar no existía, insostenibles social y políticamente. En parte la actual recesión tiene las características de una típica crisis financiera. No de una depresión schumpeteriana. Pero España, además, padece los efectos de un nuevo tipo de globalización vinculado a la difusión de la industrialización en los países ahora llamados emergentes y de las modificaciones que se están operando desde hace varias décadas en las fábricas, cambios a veces técnicos pero otras meramente organizativos. Nos encontraríamos ante las consecuencias de unos procesos iniciados con cambios políticos y técnicos tras la Segunda Guerra Mundial.

Palabras clave: crisis, recesión, depresión, globalización, historia económica, cambio técnico.

“...Inglaterra nunca ha considerado sus imposiciones de capitales en el exterior como un simple excedente de su riqueza, que se desborda naturalmente fuera y cuyo empleo puede, sin inconvenientes, modificarse; se trata por el contrario de un mecanismo verdaderamente esencial, destinado a preparar el futuro, en beneficio de la industria nacional, la cosecha de nuevos clientes. Un préstamo a Argentina por ejemplo, o bien al Brasil, contiene virtualmente un pedido de carriles o de máquinas de tren: simplemente el pedido está diferido. En el pensamiento de la opinión acreditada no se concibe una Inglaterra exportadora de bienes manufacturados sin la contrapartida de una Inglaterra prestamista internacional de capitales” (A. Siegfried, *La crise britannique du XXe siècle*, París, 1937).

(*) El autor agradece a E. López Losa y a M. P. Moral Zuazo sus comentarios y sugerencias. Este trabajo se ha realizado merced a la ayuda del Gobierno Vasco, Grupos consolidados, número de referencia IT337-10.

En el mundo académico se suelen clasificar las ciencias en exactas, sociales y humanas. A las tres se las califica de ciencias y existe, sobre todo en las sociales, la tendencia a acercarse al concepto de ciencias exactas, aquellas “cuyo método conjuga las matemáticas con la experimentación”. El aspecto teórico y el experimental se interrelacionan mediante una interpretación adecuada. Existe una realidad previa dada, a cuyo conocimiento nos vamos acercando a través de análisis y experimentos. Si en estos momentos no disponemos de la teoría adecuada para explicar esa realidad se debe a la deficiencia de nuestros instrumentos de análisis, a un esfuerzo insuficiente, etc., pero en el futuro se logrará la explicación correcta. Este modelo tiene una buena parte de sus raíces en la mejora de los conocimientos físico-químicos. Se partió de la idea o hipótesis que la materia estaba constituida por átomos, es decir partículas indivisibles. Para John Dalton los cuerpos simples estaban formados por moléculas que eran el resultado de la asociación de cierto número de átomos. Estas partículas muy pequeñas, idénticas e indestructibles, se asociaban o separaban en procesos químicos. Aunque se sigue considerando que los elementos están constituidos por átomos, el concepto de éste ha cambiado sustancialmente. Joseph John Thomson a fines del siglo XIX descubrió los electrones. Éstos estarían inmersos en una masa de carga positiva (los protones). Ernest Rutherford (1911) representó al átomo como formado por un núcleo en el que se concentraban los protones y los electrones giraban alrededor. Más tarde, el mismo Rutherford predijo la existencia de neutrones. Se había partido del átomo como partícula indivisible a considerarle constituido por protones, electrones y neutrones. Neutrones y protones formaban el núcleo, rodeado electrones que giraban a su alrededor. Niels Henrik David Bohr, analizando el átomo de hidrógeno, ideó un modelo en el que los electrones que giran alrededor del núcleo emitían o absorbían energía sólo cuando pasaban de una órbita a otra. Pero su teoría no se cumplía cuando se aplicaba a átomos más complejos que el de hidrógeno. A partir de entonces la mecánica clásica sólo se consideró válida a nivel macroscópico. Para explicar el mundo atómico se creó la mecánica ondulatoria (Louis-Victor de Broglie y Erwin Schrödinger en los años veinte del siglo XX). En la actualidad modelos teóricos y experimentales sugieren que los elementos que conforman el núcleo atómico estarían constituidos por quarks, de cuya compleja combinación se formarían los neutrones y protones.

Estas sucesivas teorías indican que poco a poco la ciencia se ha ido acercando a un conocimiento cierto y exacto del átomo. El mundo exterior, el microcosmos y el macrocosmos, es una realidad que vamos dominando cada vez mejor a medida que los instrumentos, las teorías y los análisis se van perfeccionando. El principio de indeterminación de Heisenberg no modifica estos planteamientos.

Con matices, esta es la idea que debe subyacer al reemplazo de la denominación de la Economía Política por la de Teoría Económica. Los economistas relevantes, como los físicos y químicos, poco a poco van construyendo una teoría que acabará explicando el funcionamiento de la economía. No se trataría de teorías que explican o intentan explicar realidades cambiantes, y que son más o menos ciertas en épocas y estructuras socio-económicas determinadas. La teoría se va acercando a la verdad; no es que

el objeto analizado se modifique y con él tengan que modificarse las teorías, sino que es el perfeccionamiento de los instrumentos y de los análisis lo que nos acerca a la comprensión de la realidad. La exactitud de los cálculos matemáticos remacharía lo correcto de los análisis. Si la realidad no se ajusta a la teoría es por las interferencias externas sobre el funcionamiento de la economía. La teoría microeconómica se ajusta mejor a este tipo de análisis y de hecho se la ha priorizado frente a la macroeconomía. Estos cambios se han producido paradójicamente cuando las decisiones políticas tienen una creciente importancia en la marcha de la economía.

Aunque las diversas ciencias sociales y humanas tienen sus propias peculiaridades, lo cierto es que en todas ellas no es factible la experimentación y en otras el objeto se modifica por elementos externos o simplemente porque se siente examinado.

En muchas ciencias sociales parece bastante evidente que el conjunto analizado, cuando se cree observado, tiende a modificar en algo su comportamiento. En una encuesta sobre la intención de voto, la respuesta del encuestado puede ser lo que en el momento tiene decidido hacer, pero también puede suceder que piense que el resultado del sondeo puede influir en otros votantes y por tanto contestar según lo que considera más positivo que salga en la encuesta para su opción política, no lo que va a votar. Este es un problema, pero no el único. Mientras que en las ciencias exactas el objeto está disponible al margen del tiempo, en muchas ciencias sociales el objeto va modificándose con mayor o menor rapidez a medida que transcurre el proceso. Un estudio sobre la incidencia de los impuestos indirectos a raíz de una subida del IVA puede resultar muy sugestivo y clarificador, pero no tiene porqué servir para efectuar predicciones sobre los efectos, años después, de otra idéntica, por la sencilla razón de que la estructura económica, la estructura de costes, las pautas de consumo se han modificado o se van modificando. Y cada vez lo hacen con mayor rapidez.

Una parte de la parálisis teórica ante el actual panorama económico obedece sin duda a que la realidad cambia más aprisa que los instrumentos de análisis sobre la misma, pero además a que éstos podrían haber propuesto actuaciones tal vez adecuadas para situaciones económicas de hace quince, veinte años, no necesariamente para las actuales. Eso sin tener en cuenta los intereses de grupo o de clase que subyacen a ciertas decisiones, enmascaradas en pomposas teorías.

El análisis de las crisis y de las depresiones del pasado puede iluminar algunos aspectos de la que nos está afectando, puede ayudar a comprenderla. Y tal vez con mayor utilidad que teorías basadas en presupuestos barridos por la recesión. A pesar de que muchos pensaban que tras el crecimiento y desarrollo que tuvo lugar después de la Segunda Guerra Mundial las crisis y las depresiones habían desaparecido o convertido en suaves fluctuaciones, lo que parece realmente cierto es que unas y otras siguen siendo inherentes al sistema, pero no idénticas a las pasadas.

Analizando el pasado, parece que nos encontramos ahora con la confluencia de una serie de viejos elementos que han experimentado cambios relevantes: las clásicas crisis financieras y la globalización.

Parte de los préstamos de la banca internacional y de las trasferencias de la Comunidad Económica Europea tienen formalmente como objetivo reducir el desfase de servicios y de niveles de desarrollo entre países de la Unión. Como acontecía en el siglo XIX en Inglaterra, tal y como lo analiza el texto de A. Siegfried, una parte no desdeñable de esos capitales, prestados o trasferidos, se convierten en una demanda de bienes manufacturados y de servicios de los países receptores a los países prestamistas y donantes. El viejo *do ut des*, modernizado. Si las compras no se convierten en inversiones, sino en gasto, se corre el elevado riesgo de que se produzca una crisis financiera. Este es un aspecto de las dificultades actuales, y el que más papel consume. Pero, no desligado de él, hay un problema más importante, vinculado a los cambios políticos, técnicos y económicos que, a nivel planetario, se han producido tras la Segunda Guerra Mundial, cambios que han alterado sustancialmente el carácter de ese viejo fenómeno de la globalización.

Desde que tenemos datos fiables para medir la coyuntura económica, básicamente desde la Baja Edad Media, con mayores certezas desde el siglo XVI en adelante, las economías occidentales han atravesado etapas de crecimiento y de recesión, incluso de prolongado declive, y crisis más o menos cortas y bruscas. Al mismo tiempo, los agentes económicos de los países de Europa occidental se han ido relacionando con áreas cada vez más distantes, las más de las veces con efectos positivos para Europa, no siempre. Las economías europeas se estarían globalizando desde al menos el siglo XII, cuando se intensificaron las relaciones económicas con Oriente, de donde se traían especias y tejidos caros y por lo general, dado el escaso atractivo de los productos europeos en Oriente, se pagaban con plata. La peste negra, endémica en Oriente, llegó a Europa en un barco de comercio. Muy a fines del siglo XV y sobre todo a partir del siglo XVI sectores comerciales y militares de monarquías de Europa Occidental entraron en contacto violento o pacífico con Extremo Oriente (las Indias Orientales) y con América (las Indias Occidentales). La superioridad técnica europea en el terreno militar jugó a favor de los comerciantes europeos. En las Indias Orientales los europeos se toparon con territorios densamente poblados, con un nivel tecnológico no muy diferente y con unas organizaciones políticas que no se alteraron o apenas con la presencia europea. Los intercambios fueron casi exclusivamente comerciales: importación de especias y tejidos caros a cambio de plata, plata más abundante que por lo general procedía de las colonias españolas en América. Cuando a fines del siglo XVII empezaron a llegar de la India tejidos baratos, hechos de algodón, y que competían con éxito con los de lana y lino europeos, prácticamente todos los estados europeos adoptaron drásticas medidas proteccionistas o prohibicionistas. En las Indias Occidentales los europeos se toparon con sociedades cuyas estructuras políticas fueron deshechas (incas, aztecas) o no habían pasado de la etapa tribal, con densidades demográficas bajas y con niveles tecnológicos inferiores. América recibió ya desde los inicios inmigrantes del otro lado del Atlántico, que llevaron con ellos las viruelas, la sífilis, sus conocimientos técnicos y su fuerza de trabajo y constituyeron un mercado para ciertos productos europeos, de textiles a aceite. América proporcionó metales preciosos y ciertos productos agrícolas que se adoptaron en algunos territorios europeos con bastan-

te rapidez (maíz, tomate, pimientos, alubias, patatas...) o, que, importados, modificaron pautas de consumo de los grupos privilegiados occidentales (tabaco, cacao...). Un *real de a ocho* español de plata del Potosí podía encontrarse en algún país báltico o en la China.

Con la industrialización, las relaciones entre Europa y el resto del mundo se hicieron más complejas y, aunque se debate, más favorables para los países industrializados. Es probable que la primera vez que este lejano e imparable proceso de globalización tuvo algunos aspectos negativos para sectores sociales de un cierto peso en Europa fuese a fines del siglo XIX, en la llamada crisis finisecular en España. Pensar que la globalización es un fenómeno reciente, es decir, un fenómeno reciente con consecuencias económicas, no parece sostenible.

La revolución industrial primero afectó al Reino Unido y después se extendió por ciertos países del Continente, Francia, Bélgica, Alemania... En los países del centro, los que iniciaron el proceso de industrialización, aunque compraron maquinaria y patentes unos de otros, fueron creadores de tecnología y de instrumentos fabricados con ella. Pero los países del entorno, menos desarrollados, que se fueron industrializando o al menos modernizando, importaron de los primeros maquinaria, mano de obra cualificada y capitales. El ejemplo más claro fue el tendido de redes ferroviarias, en lo que estaban interesados todos los países, industrializados o no, por razones comerciales y militares. Carriles, máquinas de tren, vagones, ingenieros, capitales procedieron del Reino Unido, Francia, Bélgica... La gran banca de negocios surgió precisamente para financiar la construcción de compañías ferroviarias. Este proceso de mejora de las redes de comunicación terrestre atravesó el Atlántico y en los Estados Unidos, o en las repúblicas del Plata se difundió el ferrocarril, en general, siguiendo parecidas pautas: material fijo y rodante y capitales procedentes de los países europeos industrializados. El mercado internacional se ampliaba para la industria siderometalúrgica europea. Gracias a esos tendidos ferroviarios se pudo poner en cultivo grandes superficies de terreno en Argentina, en el Oeste norteamericano... y parte de los cereales cosechados se exportaron, merced a *clippers* primero y a barcos a vapor luego, a Europa. Estos granos, más baratos que los producidos por los agricultores europeos, provocaron una profunda depresión en la agricultura europea que tocó fondo en 1896. La reacción europea fue recurrir al proteccionismo (arancel francés de 1892, español de 1891...), lo que no evitó una salida importante de campesinos europeos precisamente hacia los países que merced al ferrocarril se habían convertido en exportadores de granos. Se trató probablemente de la primera crisis adversa para sectores económicos europeos relevantes debido a la globalización y sus raíces recuerdan a lo que está aconteciendo en la actualidad.

Hay sectores económicos de los países avanzados que estaban interesados en exportar capitales, maquinaria y tecnología. Los préstamos e inversiones de los países avanzados en otros países menos desarrollados fueron los que facilitaron que éstos pudieran importar bienes de equipo precisamente de quienes les habían concedido créditos, cuya capacidad de producción aumentaba. Si los capitales recibidos se invertían adecuadamente o con acierto, el crecimiento que generaban permitía devolver-

los con intereses incluidos. Si no sucedía así, la crisis de la deuda arrastraba a aquellos sectores de la banca internacional que les habían prestado, y la demanda de bienes de inversión y de consumo se frenaba. Era el inicio de una crisis típica, por lo general corta. Pero a medio plazo la adopción de tecnología procedente de los países avanzados modificaba parte de la capacidad productiva de los países receptores, que se convertían en competidores de ciertos productores de los países europeos, porque disponían o de recursos naturales abundantes o de mano de obra barata o de ambos factores. En perspectiva, casi todos ganaban a pesar de las crisis. Pero la importación de capitales, maquinaria y tecnología aunque ampliaba la capacidad de producción agrícola y la actividad comercial, con raras excepciones (los Estados Unidos de América) dieron lugar a procesos de industrialización. En los países exportadores de capitales, maquinaria y tecnología, en las postrimerías del siglo XIX, parte de los puestos de trabajo perdidos en la agricultura se recuperaron en la industria y en el comercio, y los que no lograron empleo en los sectores secundario y terciario emigraron. El proteccionismo y la renovación tecnológica están entre las medidas adoptadas por los países avanzados para remontar la depresión de 1873-1896. La máquina de vapor empezó a ser un motor obsoleto, sustituido progresivamente por los de combustión interna y eléctrico y el carbón por la gasolina y por la corriente alterna.

Las dos guerras mundiales dieron lugar a cambios radicales. La llamada Gran Guerra (1914-1918) situó a los Estados Unidos a la cabeza los países avanzados y produjo la primera ruptura significativa del mercado mundial capitalista con el surgimiento de la URSS. Pero las mayores novedades tuvieron lugar tras la Segunda Guerra Mundial. Parte de Alemania, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia, Rumania y China, tras la victoria de Mao en 1949, salen del mercado capitalista. Media Corea tras la división del país en 1953. Además se inicia un amplio proceso de descolonización violento o más o menos pacífico. India y Pakistán en 1947, en 1946-1954 la primera guerra de Indochina contra los franceses, la de la independencia de Argelia (1954-1962)... En otras zonas del globo tiene lugar la caída de regímenes pro-occidentales, cuyos nuevos líderes inician un acercamiento a la URSS y políticas económicas nacionalistas. En la India, Nehru y sus partidarios pensaban en una planificación económica inspirada en la URSS y en levantar plantas siderúrgicas. El egipcio Nasser efectuó una reforma agraria, nacionalizó el Canal de Suez y gran parte de la industria y creó una banca pública. Las posibilidades de ampliar el mercado capitalista se vieron profundamente alteradas. La necesidad de integrar a sus trabajadores en el sistema y de incrementar el consumo de los mismos, para compensar la pérdida de mercados exteriores, junto con la democratización de los regímenes políticos de prácticamente todos los países occidentales están detrás de la sociedad de consumo de masas de la posguerra mundial.

A estos elementos políticos que tienen hondas repercusiones económicas, hay que añadir la transferencia de tecnología de origen militar al terreno civil, como fue el caso de la aviación, los antibióticos, o la reconversión o ambivalencia de la industria de explosivos y de fertilizantes. Durante la II Guerra Mundial los aviones fueron de hélice, con escasas excepciones al final como los Messerschmitt Me 262 alemanes. Pero la

guerra de Corea (1950-1953) se libró entre los Migs 15 soviéticos y los F-86 estadounidenses y la transferencia tecnológica al terreno civil fue rápida. Los primeros aviones a reacción comerciales datan de la primera mitad de los años cincuenta (Comet británico, Caravelle francés, Boeing norteamericano). Alexander Fleming descubre en 1929 la penicilina, pero no se fabricó industrialmente hasta 1940 para hacer frente a la elevada mortalidad entre los soldados debido a que sus heridas se infectaban. Una parte del paro previo a la guerra se absorbió merced a la subida de la mortalidad durante el conflicto. Pero un ascenso de la mortalidad probablemente muy sesgado. Por razones militares en los dos bandos, la mano de obra cualificada, de ingenieros y técnicos en aeronáutica a trabajadores de los ferrocarriles y picadores de minas no fueron enviados al frente. Es muy probable que la mayor parte de los soldados muertos fueran campesinos y mano de obra poco cualificada. Al finalizar la guerra, el capital humano había disminuido muy relativamente. Alemania *volens, nolens* exportó a los Estados Unidos y a la URSS no pocos de sus científicos más preparados en ciertos campos (aeronáutica, energía nuclear...). Los capitales para reconstruir el capitalismo en la Europa occidental en parte procedieron de los EE.UU. (Plan Marshall, pero también de inversiones privadas, sobre todo de multinacionales) y en parte de la misma Europa, no pocas veces con origen en los impuestos a través de políticas de corte keynesiano. El keynesianismo se acabó convirtiendo en la política económica de la socialdemocracia europea. La mano de obra necesaria provino de la incorporación de la mujer a actividades a las que antes no había tenido acceso y a los movimientos migratorios, en el caso de Europa, de las zonas agrarias deprimidas de los países mediterráneos (turcos, italianos del sur, portugueses, españoles...). El espectacular crecimiento de los años 50, 60 y parte de los 70 del siglo XX se basó en una serie de factores irrepetibles: abundante y barata mano de obra cualificada y no cualificada, tecnología muy novedosa, capitales procedentes del exterior en parte, intervención creciente del Estado como inversor y proveedor de servicios y un gran interés por integrar a la clase obrera en el sistema y así evitar que los partidos comunistas occidentales se hicieran con los gobiernos vía elecciones.

Los cambios en el llamado tercer mundo resultaron menos llamativos, pero no menos importantes, y aparecen vinculados a los procesos de independencia, pacífica o violenta, a la aplicación de la ciencia a la sanidad y a la agricultura y a la transferencia de tecnología. Por lo general los países que accedían a la independencia trataban de modificar su política económica con medidas proteccionistas y con inversiones estatales en el sector secundario. Para muchos de esos países un problema grave era la incapacidad de su agricultura por alimentar de forma razonable a todos sus habitantes. No pocas veces, aunque eran países con un sector agrario cuyo peso superaba al secundario y terciario, eran importadores de alimentos. Además estaban las mentalidades. En los países occidentales, por lo general, el descenso de la mortalidad primero se debió a mejoras en la alimentación y en la salubridad, y poco después este aún tímido descenso de la mortalidad fue acompañado de un descenso de la natalidad. Cuando se difunden los antibióticos y la mortalidad cae de forma espectacular, el control de la natalidad también se generaliza, de tal forma que

aunque tiene lugar un crecimiento demográfico, éste resulta moderado o logra un acomodo en el extranjero. En los países del tercer mundo el descenso de la mortalidad no ha sido debido fundamentalmente a una mejora de la higiene y de la dieta, sino a la difusión de los antibióticos y sus derivados. Con pocas excepciones, como es el caso de China, el descenso de la mortalidad ha ido muy por delante del descenso de la natalidad con lo que el crecimiento demográfico ha sido y sigue siendo espectacular. Es además probable que para algunos dirigentes, el exceso demográfico sea visto como la bomba atómica de los "pobres". Este espectacular crecimiento demográfico provocó la aparición o la amenaza de hambrunas. Pero, una vez más, los avances técnicos dieron lugar a cambios importantes. Desde los años cuarenta Norman Borlaug y sus colaboradores en Sonora (México) habían iniciado experimentos para desarrollar cereales resistentes a la roya, un hongo que provocaba la pérdida de cosechas. Fue el comienzo de lo que se ha llamado la revolución verde: desarrollo de variedades, sobre todo de cereales (maíz, arroz, trigo) de mayor rendimiento por hectárea, uso de riego, fertilizantes químicos y plaguicidas y maquinaria. Estos avances se difunden en los años sesenta por Pakistán y la India y se generalizan en la siguiente década. Las cosechas crecieron, los precios cayeron y países que hasta entonces habían importado cereales se convirtieron en exportadores. El cuello de botella que representaba una agricultura incapaz de alimentar a una demografía en crecimiento motivo por el que había que desviar recursos a importar alimentos, no a invertirlos en el desarrollo de la industria, se había roto. Modestos cambios, técnicamente hablando, en el transporte —el contenedor "inventado" en los años cincuenta y difundido en los sesenta— y mejoras en la transmisión de noticias redujeron los costes y permitieron que productos manufacturados producidos a miles de kilómetros pudieran llegar a los consumidores finales a bajos precios. No resulta una casualidad que Robert Merton Solow recibiera el premio Nobel de economía en 1987 por trabajos que consideraban al progreso técnico el elemento fundamental en el crecimiento económico.

Así pues los tres largos decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial fueron desde el punto de vista económico, social y político excepcionales, no sólo en Occidente. Y entre los factores que contribuyeron a los cambios está la aplicación de los descubrimientos científicos y técnicos y los cambios políticos. En el mundo occidental se entró en lo que se ha dado en llamar el Estado de Bienestar. De forma menos llamativa, países del llamado tercer mundo y de la órbita soviética iniciaron procesos de industrialización con mayor o menor acierto, éxito y coste. Estos dos elementos, Estado de Bienestar y procesos de industrialización en países menos desarrollados, empezarán a hacerse sentir en la recesión que se inicia tras la primera crisis del petróleo y probablemente estén en su base. Esta etapa de rápido y regular crecimiento tras la II Guerra Mundial, favorecido por la estabilidad monetaria (acuerdos de Bretton Woods), y con creciente participación del Estado en la economía, tocó techo a mediados de los setenta. Para la mayoría de los teóricos de la economía, en vísperas de la recesión, el desarrollo capitalista había terminado con los ciclos económicos, reducidos, a todo lo más, a leves fluctuaciones, de las que se salía rápidamente gracias al incremento del gasto

público. Se suele atribuir el cambio de tendencia a los problemas de abastecimiento de petróleo y a las subidas del precio del crudo, vinculados a los conflictos entre árabes e israelitas. Algunas de las causas del cambio de tendencia de entonces han vuelto a reaparecer, sólo que con más intensidad en la actualidad. Ya desde fines de los sesenta e inicios de los setenta, algunos países llamados entonces subdesarrollados empezaron a participar en el mercado internacional no como antes, exportando materias primas, sino vendiendo productos manufacturados de bajo contenido tecnológico pero que hacían la competencia a bienes de parecidas características producidos por ciertos países industrializados. Algo parecido sucedía también con los países de economías llamadas socialistas, el caso más claro Polonia.

El sistema antes del cambio de coyuntura empezó a dar algunos signos de desequilibrio: el mayo francés de 1968 y la devaluación del dólar en 1971. En mayo de 1968 comienzan unos movimientos sociales que cuestionan el modelo, aunque estudiantes y obreros en vez de tomar un hipotético Palacio de Invierno tomasen el teatro del Odéon en París. Fenómenos parecidos tendrán lugar en la mayoría de los países europeos democráticos. Iniciados por los estudiantes y seguidos por los obreros, una de las consecuencias más tangibles fue una considerable subida salarial. En 1971, debido al fuerte déficit de la balanza de comercio, Estados Unidos devaluó su moneda, con lo que los acuerdos de 1944 de Bretton Woods que establecían unos cambios fijos y un control de los mercados financieros desaparecieron.

Pero hasta mediados de la década no fue evidente que el sistema atravesaba dificultades. El apoyo occidental a Israel en la guerra del Yom Kipur (6 a 25 de octubre de 1973), dio lugar a un bloqueo de las exportaciones de petróleo por parte de los países árabes productores, y provocó unas considerables subidas del precio del crudo en los mercados internacionales. Seis años más tarde la caída del Sha de Persia, la Revolución Iraní y la guerra Irán-Irak dieron lugar a otro espectacular ascenso.

El petróleo se había convertido a lo largo de los años sesenta en la principal fuente energética de muchos países, entre ellos España. Ante la subida de su precio, los importadores de crudo y los fabricantes de bienes manufacturados repercutieron la subida del combustible en el precio de lo que producían y vendían. La respuesta sindical ante una subida del IPC fueron reivindicaciones salariales y donde los salarios estaban indexados sobre los precios, subidas automáticas. A la inflación de costes, derivada del ascenso del precio de la energía, se añadió la salarial. Las empresas exportadoras empezaron a perder competitividad y cuotas de mercado en el exterior, redujeron su producción y creció el paro. Las balanzas de comercio de los países avanzados, antes con superávit, empezaron a experimentar déficit. El incremento del paro afectó al consumo y a los ingresos fiscales. El Estado, de resultas de una menor actividad económica recaudó menos y tuvo que gastar más para hacer frente al desempleo y al déficit de las empresas públicas. Además el keynesianismo imperante empujaba al Estado, vía gasto público, a suplir el declive de la demanda privada, recurriendo al endeudamiento y encareciendo el precio del dinero. Se yuxtaponían tres inflaciones, derivadas de los cos-

tes energéticos, de los costes salariales y de los costes financieros, en un momento de caída del consumo privado. Las conclusiones de la curva de Phillips dejaron de cumplirse: no porque salarios y precios subieran el desempleo descendía. Se producía una situación nueva, la inflación coexistía con el desempleo, y se acuñó la expresión estanflación.

La realidad era que no sólo el precio del crudo había subido, sino también el precio de la mayoría de las materias primas.

Aunque como en el análisis de casi todas las depresiones económicas hay enfoques nuevos, no necesariamente innovadores, la de fines de los setenta e inicios de los ochenta obedecía bastante al modelo schumpeteriano de destrucción creadora, con un matiz relevante. Una parte del desajuste entre lo producido y el consumo era también debida a los tímidos efectos de un nuevo proceso de globalización, vinculado a la entrada en el mercado internacional de países llamados subdesarrollados o en vías desarrollo (ahora emergentes) y a países de la órbita soviética, no como vendedores sólo de materias primas y alimentos sino como compradores de petróleo y de ciertas materias primas y como vendedores de productos manufacturados de no alto contenido tecnológico vinculados a la siderurgia y al textil. Tras la independencia o tras la socialización, un grupo de países del llamado tercer mundo y de economías soviéticas habían efectuado notables inversiones en el desarrollo de su sector secundario, importando, por lo general, tecnología de los países capitalistas, de la URSS o generándola ellos mismos. Sus políticas de sustitución de importaciones no sólo les reservaron parcialmente sus mercados nacionales sino que les permitieron exportar aprovechando una mano de obra barata y ya lo suficientemente cualificada como para adoptar tecnología importada, a veces disponer de materias primas cercanas, y ausencia de trabas medio ambientales.

El encarecimiento de la energía, de las materias primas y una creciente competencia internacional en la venta de bienes manufacturados de tecnología baja o media agravaron la crisis de superproducción de los países desarrollados, sobre todo en el sector siderúrgico, textil y naval y en algunos países en el extractivo del carbón. Eran sectores en los que los costes salariales y energéticos representaban un porcentaje elevado en el precio final.

La destrucción creativa dio lugar al cierre de muchas empresas y a profundos cambios en los sectores afectados. Muchos astilleros desaparecieron, las plantas siderúrgicas que sobrevivieron tuvieron que adoptar tecnologías nuevas, ahorradoras de mano de obra y de energía, y parte del sector textil se deslocalizó. Las economías occidentales se terciarizaron e invirtieron en sectores con alto componente tecnológico –diseño, electrónica, química...-. Y a la sombra del neoliberalismo –escuela de Chicago y Milton Friedman– que preconizaba un adelgazamiento del papel del Estado y una liberalización de la economía, muchas empresas y servicios públicos se privatizaron y se desregularizaron muchas actividades económicas, entre ellas las financieras, con vistas a una mejor asignación de los recursos. Este proceso de reconversión y de relativa liberalización en muchos países no pudo llevarse a cabo sin que el Estado interviniera,

no sólo por la vía legislativa, lo que resulta obvio, sino como inversor directo o garante de inversiones privadas. A las inversiones en nuevas tecnologías y a la nueva política económica se le atribuyó la recuperación de los años ochenta. Nuevas tecnologías, diferenciación de producto y especialización.

El paro se remontó creando empleos en el sector terciario pero, y esto fue nuevo con respecto a depresiones anteriores, los puestos de trabajo perdidos en el sector secundario no se recuperaron. España es un país en el que algunos de estos cambios tuvieron lugar dramáticamente, otros con un cierto éxito y otros falsamente. Buena parte de la industria pesada desapareció. El ejemplo más claro fue A. H. V., enorme factoría en la margen izquierda del Nervión, sustituida por una miniacaría (aquí denominada acaría compacta) que acabó produciendo más o menos lo que la vieja A. H. V. sólo que con una mano de obra muchísimo más reducida, unas necesidades de suelo escasísimas y consumiendo en vez de hulla, electricidad y en vez de castina y mineral de hierro, chatarra. La deslocalización de la industria del automóvil a nivel internacional resultó favorable a España, como lo venía siendo desde antes. En 1976 se inauguraba la planta Ford en Almussafes. Una parte del sector textil desapareció o se deslocalizó, manteniendo en España el diseño. Pero en su conjunto el sector secundario se redujo y de forma parecida, pero no idéntica, a otros países del entorno, la economía española se terciarizó, en buena medida no desarrollando sectores de alta tecnología o vinculados a la distribución de productos del sector secundario, sino incrementando el volumen de sus diversas y ampliadas administraciones públicas y volviendo a apostar por el turismo. Evidentemente no es lo mismo un programador que un camarero, un gestor cultural que un médico, aunque todos conformen el sector terciario.

Frente a la depresión de los años setenta y ochenta la actual no parece tener características schumpeterianas. No hay evidencias de obsolescencia tecnológica en el sector secundario. Si de destrucción creativa se trata, sólo parece afectar al sector financiero. Pero no necesariamente porque tecnológicamente esté obsoleto. El sector financiero atraviesa dificultades por no haber calculado bien los resultados de sus préstamos e inversiones. La crisis del sector financiero resulta típica. Los países menos desarrollados de la Comunidad Económica Europea reciben fondos de cohesión y préstamos bancarios de los más industrializados. Estos capitales se gastan y se invierten con más o menos acierto, pero generan una demanda de bienes y servicios a las economías de los países de donde proceden los fondos y los créditos. Una parte no desdeñable del destino de esos capitales depende de decisiones políticas. Como en la crisis ferroviaria de 1866, y otras posteriores, cuando los endeudados no pueden amortizar los préstamos, el sistema financiero entra en crisis. Hay sin embargo dos diferencias relativas con respecto a otras crisis históricas de este tipo. La banca extranjera no ha prestado directamente. Lo ha hecho al sistema financiero español y éste a los consumidores, empresarios e instituciones públicas españolas. El Estado para evitar el colapso del sistema financiero español y que su caída arrastrase a parte de la banca internacional que le había prestado, interviene cargándose de deuda soberana. Lo que antaño suponía pérdidas sustanciales para las empre-

sas privadas y para las instituciones crediticias, y básicamente sólo para ellas, se convierte en un problema de buena parte de la ciudadanía. Teóricamente esta “salida” es avalada por los electores ya que el sistema es democrático.

La gravedad de esta recesión no radica sólo en la crisis del sistema financiero español, sino en el lugar en que España empieza a situarse dentro del proceso internacional de división del trabajo.

Con pocas excepciones, la balanza de comercio española ha sido todos los años deficitaria, al menos desde que tenemos datos fehacientes, pero probablemente ya desde épocas muy anteriores. Es un síntoma de la falta de competitividad internacional de la mayoría de los bienes producidos en España. El modelo seguido, básicamente desde el arancel de 1841 que, por las presiones de los textiles catalanes, autorizó a importar maquinaria pagando unos derechos casi simbólicos –adquirir en el exterior maquinaria y tecnología para abastecer casi exclusivamente el mercado interior– se problematiza a partir del momento en que se produce el desarme aduanero con otros países de la Comunidad Europea y se aplican sus aranceles con países terceros. Y luego, con el euro, el tradicional recurso a las devaluaciones monetarias desaparece.

El modelo de montar empresas importando tecnología y capitales y manejar los aranceles y el sistema monetario lo han seguido y siguen otras naciones, pero ahora no pocas con unos costes salariales muy inferiores a los españoles. Parecida tecnología, materias primas próximas y salarios más bajos. A este nuevo panorama se añaden otros cambios poco evidentes pero importantes. Lo que seguimos llamando fábrica tiene características muy distintas a la de hace cincuenta años. Altos Hornos de Vizcaya se situaba en la margen izquierda del Nervión, en una zona expresivamente llamada “El Desierto”, en terrenos en buena parte ganados a las marismas, se extendía a lo largo de unos doce kilómetros, con minas de hierro próximas y una ría navegable que permitía traer por mar coque o hulla susceptible de convertirse en coque. La actual Acería Compacta, que produce alrededor o poco más de lo que producía A.H.V., es una nave de unos 525 metros de longitud, que se provee de energía por cable y por mar de chatarra y que da empleo a unos cuatrocientos cincuenta operarios. Su ubicación no obedece a disponer de recursos naturales en su cercanía o fáciles de importar –mineral, hulla, castina– ni del precio de los terrenos, elementos decisivos en el caso de la vieja factoría. Deslocalizarla a otro puerto no plantearía los problemas que hubiera creado el traslado de una planta integral del tipo de A.H.V. El desarrollo tecnológico es un factor importante que facilita las mudanzas. Algo parecido acontece con las llamadas fábricas de automóviles, en realidad plantas de montaje. Con el desarrollo del comercio intraindustrial las piezas que conforman un vehículo proceden de lugares distantes. Sólo una parte viene de empresas cercanas. En el caso de la planta Ford de Almussafes la chapa laminada en frío procede de Sagunto, pero las bobinas con las que se produce tienen su origen en la factoría francesa de Fos-sur-Mer (Bouches du Rhône). Amortizada la inversión inicial, si los costes salariales, energéticos, fiscales... aumentan su deslocalización no plantea problemas graves dadas sus características técnicas.

De momento estos cambios parecen jugar en los dos sentidos. A favor –traslado de la planta belga de Gante a España, mantenimiento de la planta Nissan en la zona franca de Barcelona– y en contra, en el caso del textil. Algunas de las soluciones esbozadas para salir de la actual coyuntura económica pasan por flexibilizar la contratación y abaratar los costes laborales vía rebaja de los salarios y en invertir en I+D, aunque en éste último caso las sumas dedicadas se han reducido, al menos las del sector público. Invertir en enseñanza y en investigación, en el fondo, tal y como se expresa, significa aceptar que una variante de la ley de Say va a funcionar. El incremento de la cualificación de la mano de obra favorecerá su empleo. Es decir, la oferta crearía su demanda. Puede ser. Pero limitar la reforma del mercado laboral al abaratamiento de la mano de obra y a flexibilizar los convenios es una parte del problema. Se obvia o se da por descontado que será automático, que la nueva mano de obra cualificada va a encontrar un puesto de trabajo conforme a sus competencias profesionales. Se piensa que alguien que se haya licenciado en una universidad británica en lengua va a encontrar un puesto en España en la enseñanza del inglés, y retribuido de forma razonable. No que, dados los sistemas de selección vigentes en ciertas latitudes, se tendrá poco en cuenta el mérito y la capacidad y que encontrará en un país anglófono un empleo mejor retribuido aunque sea evidente la falta de docentes que hablen bien la lengua de William Shakespeare en España. Los ejemplos concretos corren el riesgo de ser anécdotas, pero a veces también las puntas de icebergs. No es raro toparse haciendo camas en un hotel al descendiente de un emigrante de los años sesenta que fue alfabetizado en el país en donde trabajaba su familia, que habla, lee y escribe correctamente francés o alemán. Y en la recepción a una sonriente persona que sólo sabe expresarse en español. Si no se reforma este aspecto del mercado laboral y habría que añadir también el del mercado laboral político –que los contratados como expertos lo sean, que los cualificados para un determinado oficio no sean preteridos a los no cualificados por diversos motivos– se corre el riesgo que la inversión, pública o privada en el sistema educativo, se transfiera al exterior, vía salida de la mano de obra mejor preparada, como de hecho ya está sucediendo. Disponer y utilizar personal cualificado en el terreno político o en la asesoría de los políticos reviste gran importancia dado el peso que el gasto público tiene en el PIB.

La reforma de ciertas estructuras económicas, sociales y políticas –del mercado laboral a la administración pública– nunca ha sido fácil y probablemente menos en nuestros días. Los privilegiados gestores del gasto público no se sitúan ni en un solo grupo social, ni en una determinada parte de una clase. Individuos, colectivos de diferentes clases sociales y grupos políticos obtienen algún beneficio lícito o no del control y reparto del gasto público. Si ese gasto, por su montante o por su destino, tiene efectos negativos es muy difícil corregirlo precisamente porque sus beneficios están muy diluidos. Lo evidencia el hecho de que parece menos difícil reformar el mercado laboral en el sentido de flexibilidad y baja de salarios, que reformar ciertas administraciones públicas. La prioridad dada a la construcción pública y privada ha sido un asunto estatal, autonómico, provincial y municipal. Y no ha sido responsable un único partido. La “democratización” de los beneficios derivados del control y destino del

gasto público hace muy difícil su enmienda. Las actuales dificultades tienen en España aspectos económicos evidentes, como en otras partes de Europa, agravadas por el modelo de industrialización seguido, zarandeado por la entrada en el Unión Europea y la nueva globalización. Pero además hay un problema político.

ABSTRACT

Spain is involved in a deep economic depression, with an unemployment rate that cannot be socially and politically maintained without the support of the Welfare State. The recent economic recession is partly a typical financial crisis, but not a Schumpeterian crisis. In addition, Spain suffers the results of a new kind of globalization related to the diffusion of the industrialisation in the emergent countries and to the changes taking place in factories. These changes are sometimes of a technical nature, but they can also be associated to the organisation of the production and distribution that began decades ago. The Spanish economy suffers the consequences of a process initiated by political and technical changes following the Second World War.

Key words: crisis, recession, depression, globalisation, economic history, technological change.